

## EXASPERACIÓN

El perro suele escucharle mucho antes que yo. Se encarga, con su llanto, de avisarme que se acerca.

En oportunidades, con unos tragos de alcohol en su cuerpo, el aviso del perro me hace escuchar su voz en la lejanía y acercándose.

Vaya a saber la razón esa noche su voz era más potente que en otras oportunidades.

No venía transmitiendo algún evento, con algunas veces, sino proclamando airadas diatribas contra el fútbol uruguayo.

En su vocación de llevar la contra, evidentemente, no puede simpatizar con el fútbol uruguayo. Su simpatía es por Brasil.

“Uruguay está chiquito y nunca ha ganado una copa de campeones” es algo que proclama reiteradamente.

Esa noche se llegaba hasta la esquina y desde allí proclamaba su disconformidad.

Alguno pasaba y le gritaba algo que le hacía aumentar el volumen y ahondar sus críticas.

Sus pasos, más inseguros que de costumbre, lo condujeron al centro de la calle y, allí, a los cuatro vientos repetía un discurso que he tenido oportunidad de escuchar muchísimas veces mientras mira algún partido de fútbol.

Su discurso me resulta tan familiar que ya no presto atención al mismo para saber lo que está diciendo o lo que habrá de decir.

Alguien debe de haberle provocado para tanto malestar que, luego, se encarga de prolongar en soledad y a los gritos.

Cuando llega a casa en ese estado su volumen de voz comienza a declinar hasta que se sumerge en un profundo sueño.

Esa noche demoraba más, mucho más, de lo común en la esquina.

Repentinamente se hizo silencio.

Salí a la puerta puesto que supuse estaría tirado en la calle.

Me equivoqué puesto venía con prisa y pasos tambaleantes pero en silencio.

“Me van a venir a buscar los milicos” fue lo que dijo al entrar en casa.

No sé si los vio, lo supuso o alguien le dijo algo. Me demoré el instante que se puede demorar en cerrar y pasar llave a una puerta.

Cuando llegué al lugar donde se encuentra su cama ya estaba acostado y cubierto por una frazada.

Ya no pronunció palabra alguna y, supongo, debe de haberse dormido al poco tiempo.

El perro se echó a su lado y dejó de llorar como lo hacía mientras le escuchaba.

¿Todo el escándalo de sus gritos era deliberado?

¿Pese a su olor a alcohol era capaz de montar tal espectáculo para llamar la atención?

¿Su estar escondido debajo de la frazada era producto del temor a que lo viniesen a buscar?

¿Cómo puede pasar del gran volumen de su exasperación a un profundo silencio?

Jamás podré llegar a entender su actuar puesto que si intento preguntar algo al día siguiente me ha de decir que él no hizo nada de lo que le digo.

“No me acuerdo” suele ser el lugar donde se refugia para no hablar de lo sucedido puesto que no le agrada hablar de esos temas.

Suele tener vergüenza de las cosas que hace bajo los efectos del alcohol y prefiere olvidar y dejar en el pasado.

De exasperación a profundo silencio en poco menos de un minuto.

Sin duda alguien le "dio manija y engranó" y, repentinamente, "se le agotaron las pilas" y se hundió en el más profundo silencio.

¡Quién pudiese tener esa capacidad!

Muchas veces, cuando algo nos incomoda quedamos "engranados" por un tiempo o no olvidamos lo que nos ha sucedido.

Muchas veces, por pequeñas cosas, nos distanciamos de alguien cuando, pese a su borrachera, nos muestra es posible poner un punto final y dormirnos en el silencio.

**Padre Martin Ponce de Leon SDB**